

POR LOS PUEBLOS DEL MUNDO

TRES AÑOS DE DICTADURA FASCISTA EN ALEMANIA

Miseria, trabajo obligatorio, salarios de hambre

(A. I. T.). Un obrero nos escribe desde Alemania:

El 30 de enero de 1933, Hindenburg, que había sido elegido para el sillón presidencial por la socialdemocracia alemana bajo la consigna: «Votad por Hindenburg y derrotaréis a Hitler», nombró a este último canciller del Reich.

Los obreros, decididos a ir a la huelga general, fueron abandonados por la esperanza de una victoria en las elecciones generales que debían tener lugar el 5 de marzo siguiente.

El incendio del Reichstag, proveyendo por los nazis, sirvió de ocasión para prohibir la prensa obrera y para introducir la llamada prisión preventiva. Fueron instalados campos de concentración. Millares de obreros fueron torturados en las subterráneas de los S. A. y de los S. S. Centenares y centenares fueron fusilados por tentativa de fuga.

En la esperanza ingenua de salvaguardar sus posiciones, los jefes sindicales no tuvieron vergüenza de apelar en favor de la participación en la «Fiesta nacional del trabajo», que tuvo lugar el primero de mayo, bajo el signo de la cruz gamada.

La cuenta de esa miserable traición les fue presentada al día siguiente, 2 de mayo: los sindicatos fueron cerrados; un buen número de sus jefes fue enviado a los campos de concentración; las cajas llenas y los inmuebles sindicales, construidos con dinero de los trabajadores, fueron confiscados por los nuevos jefes, que en poco tiempo fueron tres veces más numerosos que antes.

Las masas obreras, habituadas a obedecer a los jefes, se han encontrado repentinamente abandonadas. Por miedo o por desesperación, las masas pasaron al enemigo y, en primer lugar, los sindicatos de lucha de los comunistas.

En cuanto a la minoría revolucionaria en el seno de la clase obrera, fue maltratada, asesinada y puesta a la puerta de las fábricas. El número de los detenidos en los campos de concentración se elevó, en ciertos momentos, a más de doscientos mil.

La solidaridad de clase del proletariado estaba casi completamente ausente. A excepción de la F. A. U. D., que ayuda en ayuda de las familias de los camaradas presos de un modo regular, ninguna organización se ocupaba de un modo regular de los prisioneros.

Es así que Hitler pudo cumplir la primera serie de promesas que había hecho a los grandes capitalistas: destruir las organizaciones obreras. Hecho esto, pudo realizar las tareas siguientes: lanzamiento de una serie de decretos en favor de los grandes propietarios territoriales, gracias a los cuales fueron triplicados los precios de los diversos productos, tales como la materia prima, el aceite, la grasa, etc.

El descontento, que no tardó en mostrarse, fue sofocado pronto por una oleada de terror.

En cuanto a las promesas sociales hechas antes de su advenimiento al Poder, Hitler no mantuvo ninguna. Las bellas frases de Goebbels, Ley y consorte, fabricadas en serie para las exigencias de una causa miserable, no pudieron obstruir la ruta del descontento, siempre creciente de la masa poco habituada a alimentarse solamente de palabras. Es entonces cuando Ley anunció el primero de mayo de 1935, que antes de fines de año todos los desocupados tendrían trabajo y pan. Pero en realidad, a pesar de los trabajos de urgencia que fueron ejecutados por una gran parte de parados sin remuneración, el ejército de los sin trabajo subvencionados o no, se encontró fuertemente acrecentado. En todas las industrias, a excepción de la de los armamentos, el paro fue interminable. No se hace nada en la construcción. No se trabaja en Alemania más que para la guerra que viene.

En la industria de guerra, donde se trabaja plenamente, los salarios de hambre son la regla. No bastan siquiera para las necesidades más primitivas, y la minoría proletaria es seguida del desprecio o incluso de la denunciar a la policía.

El salario medio de un obrero es de 25-26 marcos al mes. Sin embargo, el mismo que presta servicios públicos, los obreros especializados reciben, en promedio, poco más o menos. El régimen interior de las fábricas de guerra es tan riguroso como el de la paz. Para pensar del terror, los

hombres en Poder no consiguen exterminar las veleidades revolucionarias que se manifiestan, y el número de las condenas crece constantemente. No pasa semana sin que haya en cada ciudad una veintena de revolucionarios o de intelectuales detenidos y condenados. Sólo en Wuppertal, centro textil, en el mes de marzo fueron condenados más de 700 obreros. Diez hombres han sucumbido a consecuencia de las torturas infligidas en ocasión de su interrogatorio. Todos han sido horriblemente maltratados; 25 de ellos, tan gravemente, que quedarán inválidos para el resto de su vida.

Entre los principales torturadores hay que mencionar al comandante del Norte de Wecke, estacionado en Berlín, que difunde el terror por toda Alemania. Hay que nombrar también a Kropp, el comisario de la Gestapo, crápula famoso de la Prefectura de Policía de Düsseldorf, que ha introducido los métodos de la investigación para obtener las confesiones que le convienen. Pero aun después de haber sufrido su pena, el martirio de los condenados no ha terminado. Son cada vez más frecuentes los casos de nuevos arrestos por la Gestapo, de aquellos que salen de la prisión, sin saber siquiera la posibilidad de ver a sus familiares. Se les transporta directamente a los campos de concentración, en que los guardianes reclutados entre los elementos criminales de los S. A. y S. S., les hacen sufrir nuevas torturas.

Uno de los infiernos más horribles es el campo de concentración de Esterwege, cerca de Papenburg. No pasa semana sin que haya transporte de cadáveres al cementerio. Los satiros que dirigen ese campo organizan orgías, verdaderamente sádicas, obligando a las víctimas a cavar sus propias fosas, etc. Al lado de esas brutalidades inoficiales, existe desde 1931 el castigo corporal. En presencia de todos los prisioneros, la víctima es colocada en un caballete y apaleado

Signo de los tiempos

(De «Le Journal de Moscov», de Moscú)

«Izvestia» del 4 de enero ha publicado el siguiente aviso de la oficina regional del registro civil de Lenino (distrito de Moscú):

«Hitler (Salomón), natural de Kamenetz Podolsk (República Socialista Soviética de Ucrania), domiciliado en Lenino (distrito de Moscú) declara cambiar su nombre de familia por el de Kaminsky».

Según las informaciones recibidas de las oficinas de registro civil, modificaciones de nombre de familia son muy frecuentes en la República de Ucrania, donde Hitler es un apellido muy difundido entre la población judía de esa parte de la U. R. S. S.

SOBRE RADEK

RADEK es, en cierta manera, el dictador de Stalin. Se dice en Rusia que Stalin tiene dos autoridades a los que no puede dominar, una es su mujer y otra Radek, el jefe de la policía soviética. Hombre es muy diestro en adular pero poco adular de Stalin.

Se enteró éste que Radek se dedicaba a hacer chistes sobre la ignorancia enciclopédica — su puesta o verdadera, que en esto ni entramos ni salimos — del dictador, Kiemlin.

Me han dicho que te dedicabas a inventar chistes a costa mía. Te has olvidado que soy el jefe del mundo y el jefe del comunismo.

Calderón, quien llamado a las órdenes de Stalin, fue acusado de ser un agente extranjero, le replicó Radek.

con el garrote que ella misma debe llevar.

Es preciso que los obreros del mundo entero reaccionen contra estas brutalidades y protegen los derechos más elementales del hombre. La lucha contra el fascismo no podrá llevarse a cabo nunca por el parlamentarismo ineffecto. Sólo la acción directa de los trabajadores podrá obstruirle el camino. Es por los métodos preconizados hace tanto tiempo por el anarco-sindicalismo como el capitalismo y su del servidor, el fascismo, podrán ser derribados.

La experiencia cruel de estos últimos años ha producido un cambio de mentalidad en el seno de la clase obrera alemana. Por eso está tanto más en nuestro deber el hacer penetrar en las masas la idea de la acción directa. Para poder hacerlo, la solidaridad fraternal de todas las secciones de la A. I. T. es indispensable. Aplaudimos a vuestra solidaridad efectiva. Organizad reuniones y manifestaciones contra el fascismo hitleriano, reunid dinero para darnos la posibilidad de continuar nuestro trabajo, más necesario que nunca.

Hace dos años, Erich Muehsam sucumbió a las torturas morales y físicas que hubo de soportar. No olvidéis que muchos de nuestros camaradas continúan sometidos hoy a esas mismas torturas.

De este lado del Rhin, esperamos vuestra voz y vuestra ayuda.

«Viva la solidaridad internacional»
«Viva la F. A. U. D. illegal»
«Viva la A. I. T.»

Y EL MUNDO MARCHA...

Eso que los videntes con corbata de a peseta llaman "política internacional", en las redacciones de los periódicos tarifados y en los griteríos gullináceos de los cafés—vistos como escaparates de peleles standard—es de un interés seguido, previo y previsto—a veces—por nosotros, pero no la misma cosa. No puede serlo así, igual, puesto que nuestra postura de incomodín no es la de seguidores de una carrera de bicicletas engrasadas—espectáculo desesperado en pugna tenaz. Horra de fines constructivos por no ser destructivos conscientes—sino la de cuidadores expertos, inteligentes, de una competición a motor que nosotros queremos ordenar, no dirigir, en cuanto a dirección suponga rigidez de una señal urbana en el carnaval del tráfico y tráfico inexplorado e inexcusable. Nosotros, como anarquistas, miramos al mundo, a todo el mundo, con los ojos; no con lente de aumento, no con cristales de colores bonitos. Números y gráficos, la Geografía y la Historia no pueden ser y no son para nosotros—en nosotros—ilustraciones en los libros de caja. Lo vivo y lo sangrante, escondido tras la cartulina de los comisionistas "nacion-social", hierde nuestra sensibilidad e impulsa nuestra pasión de hombres en el pasado, hombres del presente y hombres del mañana. Así, y sólo así, eso que entre purios y rajillos se despliega en serpiente, fútil y efímera, la política internacional, es reconocido por nosotros y atacado con los reactivos de nuestro laboratorio no exclusivo.

La política internacional es el mundo que marcha, se asoma, así resaca, a las páginas de TIERRA Y LIBERTAD.

Francia fuera del molde

Nuestros fraternales camaradas del Libéraire, han sabido interpretar acertadamente el momento de Francia, polarizado en recientes acontecimientos culminantes. En general se tenía y tiene un concepto equivocado de Francia. No compartimos el criterio cerrado y pesimista de los que adjudican a Francia una especie de doctorado en ciencias sexuales y en artes de bien vivir. Hemos estado en Francia, hemos trabajado allí antes y después de la guerra. Sabemos que los tópicos sobre Francia no son más que tópicos.

Es corriente atribuir a Francia los defectos de sus gobernantes y confundir a éstos con sus antagonistas, que no son los gobernados, sino que son los que se niegan a dejarse gobernar. Se ha visto claramente ahora. Hasta estas alturas, un cambio político, aunque fuera menos desusado que el último, acaparaba la atención total de la Prensa. Reuniones, cabildos, entrevistas, expectación, mentiras... Los cronistas de las sucesivas crisis políticas parecían interesados, y lo estaban realmente, en escamotear al país sus propios problemas, haciendo girar la ruleta o el strapelo en torno a figuras mil veces desacreditadas y otras mil veces elevadas por la estulticia electoral, en la que—recordémoslo en honor a la mujer—no interviene ésta en Francia.

De pronto se quiebra el maleficio y Francia nos muestra su paz optimista, fuerte, hasta chancera. Millones de brazos honrados y laboriosos, millones de mujeres y hombres parecen decimos con su risa contenida y segura que empieza una era nueva. En un mes de movimiento han ganado los trabajadores franceses más crédito que en treinta y cinco años de noria sindical y burocrática. En pleno movimiento hubo cambio de gobernantes. Pues no se notó. Los informadores oficiosos tuvieron que dejar las plumas rutinarias, las que relataron tantas entrevistas políticas no existentes y dejaron de relatar tantos hechos auténticos. Abandonaron las plumas de ganso para ir al pueblo y explicar lo que el pueblo quería. Y la crisis pasó inadvertida. León Blum se revistió de poderes en medio de una expectación que, no miraba hacia él, sino hacia los talleres ocupados y las paletas paradas. El socialista millonario Blum, se revistió de oficinista mayor. No hubo ceremonia. Hubo prisa. Sin torneos oratorios. Apremiaba el único problema que era y es el problema de la calle. La falacia política quedaba escandalosamente en paños menores y el Parlamento parecía una nave inclinada que se va a pique.

Un fragor potente venía de la calle. Era Francia. Una Francia escarmentada en la guerra y fortalecida en sus recuerdos revolucionarios por aquel venerable Muro de los Federados que tantas veces hemos visitado emocionados; era la Francia crítica y audaz, nuestra Francia de tradición libre que abomina incluso de sus fronteras y de sus bagatelas.

Contra los pesimistas y los aguafiestas, Francia reía con su fertil y viejo ingenio galo. Por primera vez en la historia de las luchas sociales tuvieron éstas un contenido ajeno a la preocupación lúgubre. Quizá por primera vez en la historia de las luchas sociales adquirieron éstas una importancia directa y eficaz en Francia, al negarse a sí mismas el derecho de extralimitarse con actitudes tragediantes, con previa perspectiva trágica, con literatura de matarife, con patetismo y misticismo de cementerio. Se luchaba por y para la vida. En vano los distintos conglomerados políticos querían atribuirse el control de los acontecimientos. Más amplio cauce han tenido éstos que el misero de los Estatutos y de las costumbres oficinescas. Ha sido la ciudadanía libre de partidos la que se agitó, la que exigió, la que desvalorizó a los gobernantes, la que inutilizó los salones de actos y las solemnidades ministeriales.

No se trata sólo de París. Hace poco tiempo leímos cierto artículo crítico en una revista francesa, sobre la capital solenne de Francia. «Los departamentos franceses—decía el articulista—las comarcas francesas, son como unas madres tolerantes con París, un poco hijo de todas ellas. Dejan éstas que de vez en cuando pierda París la cabeza y hacen la vista gorda si alguien refiere con frivolidad las frivolidades de París, hijo prodigo y de difícil sostenimiento. Pero lo especial, lo vital francés está en las comarcas, en los ríos, en las colinas del campo, en su red de transporte, en sus barcos y en sus paisajes, en sus máquinas y en sus montañas, en la vida de relación no forzada, en el cultivo de artes y ciencias con hogar autónomo, en el trabajo inteligente, en la existencia que aspira a ser confortable; pero no con esa pedantería de las comodidades que repréhenda el París frívolo». Y añadía: «También entre las frivolidades de París aparece a veces la crítica de Rabelais, la fuerza del paisaje que se lleva corazón adentro desde los bosques de manzanos de Normandía, desde las riberas del Loire apacible, desde las fragosidades de Auvernia, desde los valles eternamente verdes del país vasco, desde las costas grises bretonas, desde los olivares provenzales...»

Todo lo que en París no es consabido París, bien puede ir junto con sus horizontes lejanos. El buen sentido dentro de la insurrección, la eficacia, su intransigencia razonable, su crédito ganado de golpe sin decretos y sin estatutos, todo eso que es Francia revolucionaria, tiene un sentido cotidiano de lo heroico, nos interesa destacarlo y aplaudirlo como Kropotkin hubiera aplaudido el hecho—que registró en su «Gran Revolución»—de que ésta debió lo mejor de su vitalidad a la iniciación espontánea del espíritu rebelde que sin secundar consignas de la ciudad agitó al campo singularmente desde mediados del siglo XVIII cuando los labriegos quemaban los documentos feudales, preparando y empezando una revolución social que los señores de París convirtieron en política.

París ha tenido ahora un abrazo social para los comarcas francesas. No ha sido un abrazo de hijo prodigo, sino de hermandad. La solidaridad entre los franceses, dignos de la capital y de sus lejanías, podrá ser más perfecta, más amplia y más fuerte. Podrá tener más fuerza pero es indudable que en su profunda significación no puede no responder a signo autoritario, gubernamental, ni sindical. Este hecho no puede menos de reconfortarnos.

Los anarquistas necesitamos esta solidaridad firme y valerosa.

F. ALAIZ